



EDWARDS BELLO:

## “Crónicas del Tiempo Viejo”

Por Ignacio Valente

Nuevas crónicas de Joaquín Edwards Bello publicadas por Editorial Nascimento, en una sucesión que ya va siendo interminable, pero que siempre tiene sabor a poco para el lector, incansable frente a esta prosa liviana y amena como pocas, como quizá ninguna de nuestra literatura. Temas, encontramos aquí —como es habitual en el autor— los más variados y curiosos: la influencia de la costura, los cometas, la magia negra, la superstición, los entretelones de nuestra vida política de hace medio siglo, personajes varios: Lincoln, los Pincheira, la Quintrala, María Benita...

La lectura de estas crónicas me ha llevado a preguntarme —y no por primera vez— dónde reside el encanto de esta prosa limitada entre el periodismo y la literatura. Porque habría muchas razones objetivas para descalificar a Edwards Bello como escritor, o cuando menos para echar sombra sobre su extraño arte.

En primer lugar, “no escribe bien” en el sentido convencional de la expresión. Es descaído. Su prosa se parece lo menos posible a un trabajo de orfebrería verbal: carece de musicalidad interna, no tiene ritmo, desahúa los detalles, con frecuencia es dura al oído... Uno diría que la clave de toda prosa válida como arte es su secreta alienta poética, su analogía —tan distante y variada como se quiera— con el poema. Pero esta relación es nula en el caso de Edwards Bello: nada tan ajeno a la poesía, a su fuerza verbal, a su aliento interior, como este lenguaje improvisado, desahinado, a ratos casi tupe, carente de seducciones, falto de imágenes verdaderas, desahinado de todo rigor intelectual. Estoy exagerando un poco, pero no mucho: esta prosa no tiene, en apariencia, atributos de arte.

Otro defecto que me resulta muy sensible en sus artículos, considerados como unidades, es su falta del sentido de la composición. Son desarmados, no tienen un desarrollo claro, mezclan ingredientes de cualquier naturaleza, comienzan por donde sea, siguen por lo que venga, y terminan en cualquier parte, sin previo aviso, dejándonos a veces la impresión de un error de composición. Ese preciso don de la unidad interior —un buen arranque, un despliegue armónico, el hilo de oro de la continuidad, un desenlace auténtico— son atributos que tenían sin cuidado a nuestro autor o simplemente no fue capaz de ellos. En su lugar nos ofrece un amontonamiento de datos, citas, observaciones, recuerdos, comentarios. Cada uno de estos elementos parece caer donde básicamente puede, dando a lo ocurrido a su descaído autor, sin orden ni concierto, como quien extrae fichas de un archivo monumental y las sitúa en una sucesión improvisada, a veces caprichosa.



Sigamos. Edwards Bello no es casi nunca profundo, no tiene un pensamiento intelectualmente penetrante, ni facilidad alguna para pensar por ideas generales. Esta falta de disciplina filosófica —llamémosla así— es notoria en sus escritos. Nota los temas importantes sin llegar nunca al meollo, se desliza por la superficie de los asuntos profundos sin ahondar, y en el conjunto de su obra no sugiere ninguna idea precisa sobre el sentido de la vida, sobre la jerarquía de los valores, sobre las razones y miranzenas profundas de la existencia. Tal vez de nuevo estoy exagerando un poco, pero me parece que cualquier lector cultivado en las disciplinas intelectuales y en el pensar abstracto echó de menos esta solidez doctrinal, ese peso específico de las ideas, esos grandes planteamientos psicoanalíticos que hacen la fuerza intelectual de un escritor, incluso de un articulista.

Y sin embargo —esta es la paradoja, que no se sabría explicar bien—, las crónicas de Edwards Bello seducen al más exigente de los lectores, encantando, entretienen, se hacen disculgar sin problema todas sus limitaciones, e incluso constituyen buena prosa, un excelente lenguaje, un valor artístico, superando con mucho a tantos y tantos prosistas, narradores, ensayistas y poetas que no carecen de aquellos atributos que a él visiblemente le faltan. ¿Cómo puede ser esto? No es nada fácil de explicar, y el hecho nos hace pensar en el misterio de la creación literaria, tan rebelde a normas y preceptos. Hay en sus escritos una fuerza

de espontaneidad, una frescura creadora, una elocuencia, una sencillez, una facilidad de comunicación con el lector, un realismo directo e intuitivo que resulta, en la práctica, invulnerable a las reservas que he mencionado, por descalificadoras que estas parecieran en abstracto.

Me parece que viene al caso esa vieja definición de la elocuencia: ser elocuente es tener algo que decir, y decirlo: nada más y nada menos. En otros autores de más apariencia, de mejor oído, de mayor rigor intelectual, sentimos a veces el vacío abrumador de la página en blanco, que los obliga a decir algo, que les lleva a ingeniosos esfuerzos laboriosamente para romper el silencio: tal vez no tienen mucho que decir, aunque sepan hacerlo en forma hermosa. Jamás percibimos en Edwards Bello esa sensación de obligatoriedad literaria, ese hastío inicial que debe ser vencido a fuerza de arte. El simplemente escribió porque tenía cosas que escribir, y no hay mejor receta literaria que ésta. Careciendo de preocupaciones formales, los temas se le imponían, se organizaban solos en la sencillez y frescura de su desorden creador.

Estas reflexiones nos llevan a revalorar el valor —incluso el valor intelectual y artístico— de la amenidad. También hay un encanto considerable en la superficie de la vida, de los personajes, de la historia. La anécdota es todo un arte, aunque sea intrasfuerza. Una cierta dosis de trivialidad puede, en determinadas tipos de talento literario, rendir mucho mejores efectos que la hondura en otros. Reproduzco una cita que aparece en algunas páginas de este libro: “La historia conocida a fondo es, como los hombres conocidos a fondo, una desilusión”. Tal vez Edwards Bello no pensó que esta sentencia pudiera aplicarse a su caso, pero la cree pertinente. El no conoció nada a fondo: su arte es periodístico en el sentido peyorativo de la expresión. Y sin embargo, de algún modo muy profundo y honesto, conoció la vida: en esas anécdotas brillantes y superficiales, en esos datos ligeros y variados, en esos comentarios casi frívolos que su obra prodiga, laten dimensiones muy hondas de la condición humana.

Este es el caso paradigmático de Joaquín Edwards Bello: los ingredientes de su obra parecen triviales, sin espesor, sin hondura, y con ellos, sin embargo, supo crear una prosa válida como casi ninguna otra en la historia de nuestra literatura. Ha llegado a ser ejemplar e incomparable precisamente en el ejercicio de sus limitaciones humanas y artísticas. Lo que nos sugiere, una vez más, que las virtudes de los grandes escritores son indistinguibles de sus defectos, y a veces —aunque esto desfilé a la mejor lógica— consisten precisamente en ellos.

El mercurno, Santiago, 14-VI-1946, P. III

Crónicas del tiempo viejo [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

## **AUTORÍA**

Valente, Ignacio, 1936-

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1976

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Crónicas del tiempo viejo [artículo] Ignacio Valente. retr.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile